

Qué sociedad queremos, qué gente necesitamos

Parte del ciclo “La educación que queremos” organizado por la Fundación Santillana. Buenos Aires, Auditorio Malba, 24 de octubre de 2005.

Yo creo que es necesario empezar por una confesión. Y la confesión es que entre todos los que vendrán aquí para hablar de este tema yo soy seguramente la persona menos autorizada, me siento un poco invadiendo un territorio que, aunque no sea totalmente ajeno, donde yo como mucho pueda entrar como turista para ver lo que pasa allí y, por razones que si yo las refiero, si yo las cito, pueden parecer un poco demagógicas: que esté hablando de mi propia vida, de mis comienzos, de lo que no he tenido, sencillamente. Claro que he estudiado, he pasado por lo que llamaban entonces la primaria, luego lo que llamamos la secundaria, pero secundaria media en el sentido más prosaico de, digamos, de que me preparé para ser... –vale la palabra–, yo me preparé para ser un obrero, cerrajero mecánico, y así lo he sido. No entré nunca en una universidad, salvo ahora donde ya llevo treinta y no sé cuántos doctorados honoris causa en todo el mundo, lo cual me parece un poco...o quizás se pueda llamar una especie de justicia poética. Entonces a veces me pregunto qué es lo que pasa, que es lo que encuentran en esta persona... porque yo soy un autodidacta, pero parece que no les importa, a igual que parece que a Santillana tampoco le ha importado llamarme aquí, porque además me conocen muy bien, saben que yo no vengo aquí para engañarlos y mucho menos para engañarlos a ustedes. Engañarlos a ellos quizá pudiera o quizá incluso debiera porque son mis editores y la relación entre autores y editores no siempre es pacífica. Hasta este momento no he tenido ningún motivo para quejarme. Pero vamos entonces después de esto que no es ni confesión ni nada, ni siquiera intento que con esto que acabo de decir me perdonen las equivocaciones, los errores o todo lo que no merezca de vosotros atención suficiente, no porque no estéis dispuestos a dar atención a las cosas que realmente merecen la pena sino porque lo que tenga para decir sea algo tan común, tan corriente, que quizás puedan pasar este día en casa, con la

llovía que hace, y volver para la segunda conferencia que pasaría a ser la primera.

El tema es realmente interesantísimo porque propone -aunque no lo parezca porque parece sencillamente que uno tiene que contestar las preguntas que de alguna forma están contenidas en el tema, y después de contestar ya no tenga más que decir-, empieza por preguntarse ¿qué sociedad queremos? Y añade ¿qué gente necesitamos? Nada más fácil. Queremos una sociedad feliz, una sociedad estupenda donde nadie pueda decir “estamos equivocados en esto”, “lo estamos haciendo mal”. La sociedad que queremos es, para decirlo en una sola palabra, una sociedad que no ha existido nunca y que no existirá jamás. Esa es la sociedad que queremos. Lo que es una forma de decir: pues aquí estamos en pleno territorio de la utopía, por lo tanto esa sociedad que queremos es una sociedad utópica.

Vale la pena decir que hace no muchos meses en Porto Alegre, en el Foro Social, yo he defendido una tesis que ha escandalizado a todos los que se encontraban allí, en un auditorio que tenía ocho mil personas o algo así, yo he dicho que si pudiera borraría de los diccionarios y, sobre todo, de la mente de las personas el concepto de utopía. Porque, decía yo, es un concepto que ha hecho más daño que beneficio. Y sobre todo se asienta en una equivocación tremenda, me sorprende a mí que todo eso se repita: utopía esto, utopía aquello. No es que yo haya inventado la pólvora, pero de todos modos no me parece que esto haya merecido una consideración antes. Porque yo decía lo siguiente: una utopía, en términos prácticos, lo que quiere decir es: “yo necesito, de un punto de vista material o espiritual, cultural o lo que sea, unas cuantas cosas que ahora mismo no puedo tener. Las condiciones sociales, históricas, económicas, no permiten que yo tenga ahora mismo lo que necesito”. Y cuando digo “yo” digo la comunidad, el país, el mundo. Por lo tanto, decimos pues, no será para nosotros pero será quizás para nuestros hijos o para nuestros nietos. Eso significa que la utopía, y la propia palabra está diciendo que es algo que no se sabe dónde, pero al igual que no se sabe dónde tampoco se sabe cuándo. Es una utopía. Y esto, al decirlo, al pensarlo, al anunciarlo, al prometerlo, se olvida algo tan sencillo como esto: vamos a imaginar que esa utopía se realizara, suponiendo, doscientos años después, en el año 2205 se podría o esperaríamos que se realizara todo lo que necesitaríamos hoy pero no lo tenemos, empezando por la paz, por ejemplo. Pero esto olvida algo tan

obvio como no saber nosotros si las personas que entonces vivan en esa época estarán interesadas en nuestra utopía. Es decir: no tiene ningún sentido que yo diga, pues, en doscientos años quizás lo tengamos pues, insisto, en ese tiempo o esas personas podrán tener otra utopía, su propia utopía que van a plantear como realización posible doscientos años más tarde, o entonces ya llegaron a la conclusión de que no vale la pena tener ninguna utopía. Y que la única utopía, y esto lo digo yo, en la que vale la pena pensar se llama mañana. No doscientos años, mañana. Porque mañana todos los que estamos aquí, seguramente, algunos estaremos vivos. Y por otra parte lo que ocurra mañana resulta no solo de lo que nosotros podamos hacer hoy sino también de las circunstancias que mañana permitan mejorar lo que ahora es negativo. Por lo tanto, mañana es la única utopía.

Bueno, entonces para volver al tema (esta ha sido una digresión y no será la única): ¿Qué sociedad queremos? ¿Qué gente necesitamos? Yo creo que antes de entrar, si es que yo pudiera hacerlo y no lo haré, en eso de enfrentarme a esta propuesta de reflexión, yo creo que habría que entender, debatir qué sociedad tenemos. Porque eso es lo más importante de todo. Si podemos estar hablando de la sociedad que queremos pues, entonces, como yo he dicho antes, podemos caer en el territorio de la utopía y hacer una construcción magnífica sobre lo que será la educación en el futuro suponiendo que las personas que existan en el futuro estarán interesadas en la educación que necesitaríamos hoy. Pero por otra parte no es solo esto. Es que no podemos saber qué es lo que queremos para mañana si no entendemos bien qué es lo que pasa hoy. Y es quizá por la angustia, por la desesperación, por la perplejidad que en cada uno de nosotros causa la sociedad que tenemos, que estamos pensando que seguramente habrá una posibilidad de otra sociedad que sería la sociedad que querríamos. Porque la sociedad que tenemos...no voy a perder el tiempo de vosotros hablando de ella, está ahí todos los días, la conocemos, es un desastre, es sencillamente un desastre. Un desastre porque vivimos en un mundo de violencia, vivimos en un mundo... bueno, para qué estoy yo diciéndolo, no vale la pena decirlo, lo sabéis todos: hambre, miseria, enfermedades, guerras, todo lo que de negativo se puede imaginar, consecuencia del hecho sencillo de ser lo que llamamos seres humanos con sus conflictos, contradicciones, oposiciones de intereses, ambiciones, egoísmos, los que pueden ser personales o pueden ser colectivos, pueden ser nacionales, bueno, de todo tipo. Lo tenemos y lo sabemos. El mundo es, a lo

mejor no estarán de acuerdo conmigo, el mundo es un horror. No para todo el mundo, no para toda la gente, claro que no, ya lo sabemos, pero es un horror para millones y millones y millones y millones de personas. Y no parece que tenga remedio. No parece que tenga remedio por lo menos a la vuelta de la esquina o de la otra. Entonces, ¿qué hacemos con esta sociedad? Bueno, la respuesta es cambiarla. ¿Cambiarla cómo? ¿Cómo es que se puede cambiar una sociedad en la que ahora mismo acaba de refrendarse en Brasil el uso libre de armas? Cada vez entiendo menos lo que está pasando en la cabeza de la gente. Mañana se refrendará lo que sea y el gobierno no tendrá ninguna responsabilidad porque siempre dirán que la culpa la tiene el ciudadano que ha votado “sí” en el referéndum para esto o para aquello.

Bueno, pero para no salir del tema, no estoy intentando dar rodeos por la complejidad del tema que me ha hecho venir aquí gracias a la invitación de Santillana, yo tengo una duda muy seria que me propongo exponerles y que es la siguiente: Me parece a mí que hay, desde hace muchísimos años, una confusión (no muchísimos, en todo caso, recuerdo que cuando yo era chico esa confusión –porque se trata de una confusión de conceptos– no existía, lo que no quiere decir que el mundo fuera mejor entonces de lo que es ahora, y hablo de mi propio país). Ya veremos a lo que me estoy refiriendo. Los conceptos que se están confundiendo con consecuencias en mi opinión, pésimas, son los de “instrucción” y “educación”. Nosotros estamos aquí hablando de “educación” y creo que deberíamos estar hablando de “instrucción”. Porque confundir una cosa con la otra es ignorar –y aunque esto pueda parecer un poco agresivo, sobre todo para los organizadores de este ciclo– que la escuela –y hablo ahora de la primaria, la media y la superior– no educa. La escuela no puede educar, no sabe, no tiene medios... ¡y no puede! Sencillamente no puede. Porque educar, que yo sepa, es otra cosa. Instruir se puede instruir, para eso la escuela está allí. La educación –una vez que la escuela no puede y no sabe educar y esto es fácilmente demostrable– entonces pertenecería a la célula madre de la sociedad que es la familia. Pero la familia ahora mismo vive una crisis tremenda y sabemos que la familia actual, hoy (lo que no significa, lo que no quiere decir que no haya excepciones y las mejores) no sabe educar, ya no sabe educar si alguna vez lo ha sabido. No puede. Y no puede por un conjunto de motivos que examinaremos ahora mismo. Y, por otra parte, la otra entidad capaz de educar sería una sociedad educada. Tendríamos entonces que el niño, o el adolescente, o el ya prácticamente adulto que entra

sucesivamente en la enseñanza primaria, pasa por la enseñanza media y entra en la enseñanza superior, de alguna forma –y esto es bastante utópico por eso yo digo de alguna forma– ese niño ya estaría educado, porque habría pasado cinco, seis, siete, ocho años recibiendo –bueno, vamos a usar este lenguaje– los “ejemplos” que la familia le transmitiría y que la sociedad ella misma, el entorno, cultivaría; y por lo tanto entraría educado en la enseñanza: aprendería a leer, a escribir, todas esas cosas, y saldría al final de unos cuantos años con una preparación que le permitiría ejercer una actividad. Porque si seguimos confundiendo un concepto con el otro podemos caer en una contradicción total que es la siguiente: la de suponer que para educar se necesita ser instruido. Aparentemente sí, porque si en ese “instruir” ponemos algo que tiene que ver con una idea del mundo, un sistema –que no quiere decir rígido, puede ser flexible, pero de todos modos un sistema- de valores... pero ya hemos visto que la escuela no está para eso. Podría parecer que yo estoy aquí enalteciendo las virtudes del analfabetismo pero no es así. Estoy sencillamente diciendo que no se necesita ser instruido para educar. Y el ejemplo lo dan, lo han dado en el pasado, y en el pasado reciente, familias de analfabetos que han sabido educar a sus hijos. No eran instruidos, no habían pasado por la escuela, sabían de la vida lo que la experiencia y la herencia de lo que se transmite oralmente de unos a otros por generaciones y generaciones y eso les daba, sabemos que es así, una imagen del mundo –incompleta, equivocada, muchas veces empapada de ideas falsas, supersticiones, pero de todos modos un sistema de valores que se transmitía automáticamente en la vida cotidiana. Ni siquiera era necesario estar dando lecciones de “ética” (por llamarlo así) del abuelo al nieto, y así sucesivamente, para que ellos salgan todos educados.

Claro que no estoy diciendo que para educar sea mejor no ser instruido. No se trata de eso. De lo que se trata es de saber cómo, cuándo y en qué circunstancias una entidad u otra puede instruir o educar. Hubo un tiempo en que el Ministerio (porque los ministerios siempre cuentan en todas estas cosas) se llamaba el Ministerio de Instrucción, y yo recuerdo que en mi país era el Ministerio de Instrucción Pública. Sonaba bien: “Instrucción Pública”. El Estado se preocupaba por la “Instrucción Pública”. Pero a nadie se le ocurría entonces –hasta el momento en que a alguien se le ocurrió– decir “No, vamos a quitar esto de ‘instrucción’ que es un poco tonto. Vamos a darle un nombre más redondo, más bonito. Vamos a llamarle ‘educación’ “. Y automáticamente todo el mundo pasó a llamar a esto que ocurre en la enseñanza primaria, media

o superior, “educación”. Y yo digo que no lo es. Y no necesito desarrollar aquí un análisis profundísimo. No hago más que recurrir a la experiencia de cada uno de vosotros, que tenéis hijos o nietos, y que sabéis lo que está pasando. Y lo que está pasando en muchas familias son cosas tan preocupantes como éstas: pérdida de autoridad, pérdida de cualquier sentido de disciplina y también pérdida de cualquier sentido de responsabilidad propia –no solo de los padres como de los propios hijos. Se elimina, se eliminó de una forma tácita, nadie se ha puesto de acuerdo para que las cosas fueran así pero se eliminó de una forma tácita, y se eliminó en muchos casos creando conflictos tremendos en el interior de esas mismas familias donde se perdió el sentido de responsabilidad, el sentido de autoridad (una autoridad reconocida, no estoy hablando ahora de una autoridad impuesta, violenta, como en ese otro pasado tantas veces ocurría. Estoy hablando de una autoridad que se reconoce. A nadie puede humillar reconocer la autoridad de otra persona por el hecho en sí de que la tiene: autoridad moral, autoridad científica, autoridad literaria). Es así, las cosas son así, hasta el momento en que a esa persona –que tenía que reconocer porque es algo que está presente en la vida esa autoridad– puede llegarle el turno de decir: “Pues yo reconozco en mí, para beneficio de la sociedad toda o de la parte en que yo puedo influir, una autoridad”.

¿Y qué es lo que pasa en la escuela? Lo sabéis, lo sabemos todos. Sabemos todos lo que está pasando en todo el mundo. En primer lugar, la misma pérdida del sentido de disciplina, la misma pérdida del sentido de autoridad, la misma pérdida del sentido de responsabilidad. Escuela y familia, que deberían ser complementarias en lo que tiene que ver con el equilibrio entre educación e instrucción, se vuelven convergentes en las mismas enfermedades. Y son enfermedades mortales, desde mi punto de vista. Porque el problema ahora es éste: ¿Cuándo y cómo podemos dar marcha atrás? ¡Ese es el problema! ¿Dónde está el Ministerio de Educación capaz de decir “esto se acabó”? “Se acabó el caos, se acabó la indisciplina, se acabo esa irresponsabilidad que es reina emperatriz y todo lo que quiera ser dentro de la enseñanza”. Hay profesores que les tienen miedo a sus alumnos, alumnos que desprecian a sus profesores, los humillan, los insultan...esto es de todos los días, esto ocurre a toda hora. ¡Y lo peor de todo es que hacemos de cuenta que no pasa nada! Es decir, sabemos que pasa, incluso llegamos a decir “algo está pasando allí que no está bien” y todo lo demás. Pero “aleja de mí ese cáliz”, porque efectivamente lo que está dentro de ese cáliz es tremendamente amargo. Y

lo terriblemente amargo sería enfrentarse a esta realidad. Por lo tanto, es una opinión más, quizá lo primero que hay que hacer es intentar poner las cosas en su lugar. Primeramente reconocer, proclamar, declarar que la escuela no puede educar. No nació para eso. No puede educar. En segundo lugar, reivindicar para la misma escuela todos los medios para poder instruir como esa sociedad que queremos o que queréis necesita. Y en segundo lugar plantear de una vez el problema de la educación. Porque aquí andamos como en una especie de ping-pong, empujando la responsabilidad de la educación –porque eso es lo que se ha hecho de una forma que ni siquiera ha sido muy sutil- diciendo que eso es responsabilidad de la escuela. Me recuerda lo que le pasó a una amiga nuestra que nos contó que una profesora en Portugal que había sancionado a un alumno por algo que había hecho mal. Y la madre se fue a la escuela a pedirle explicaciones a la profesora. Y la profesora le explicó lo que había pasado, explicó por tanto los motivos de la sanción que había impuesto, y la madre le dice: “¡Pero señora, usted tiene que entender que mi hijo es problemático!” Y la profesora le contestó: “Sí, sí, tiene toda la razón, pero el problema es suyo, no mío”. Y este es el problema grave que está pasando ahora. Todo el mundo le pide rendición de cuentas al profesor, que tiene la osadía, la valentía de intentar afirmar su autoridad –no es su poder, es sencillamente su autoridad– de maestro, de profesor. Lo intenta, y el alumno llega a casa, donde por otra parte no tiene probablemente una relación muy, digamos, efectiva o afectiva con sus padres, pero va a decir: “Me han tratado mal en la escuela.” Y el padre, que sobre el hijo no tiene ninguna autoridad pero que supone ejercerla sobre el maestro, va a pedirle cuentas al maestro. Y el maestro no sabe qué hacer. Yo recomendaría a los profesores que contesten como esa profesora.

Claro que se puede decir “el tiempo de la familia ha terminado”. Yo no sé si el tiempo de la familia ha terminado y sobre todo no sé qué es lo que vamos a poner en su lugar si efectivamente la familia terminó. Claro que aquella familia tradicional está muerta para siempre. La idea de una familia donde por lo menos tres generaciones se encontrasen representadas se acabó. Los departamentos son pequeños, no caben cuatro o cinco personas, por lo tanto la familia vive una situación que no sé cómo saldrá de ella pero no es un problema mío, aunque yo no tengo más remedio que enfrentarme a las cosas como son. Pero la verdad es que, peor que la familia –suponiendo que la familia es mala, y en la familia todas las cosas horribles que pasan pueden pasar, normalmente pasan en el interior de una familia, por esto o por aquello, o por lo menos

en muchísimas de ellas– es la no-familia. Porque este es el dilema en que nos encontramos. Por un lado tenemos todos los motivos para pensar que la familia de alguna forma ha perdido sentido. Yo tengo la sensación extraña de que esto empezó un día cualquiera y yo creo que el Mayo del '68 ha sido de alguna forma una especie de aprendiz de brujo, en el sentido de que los jóvenes que entonces protestaban, y con muchísima razón en muchísimos casos, y que bajaron a la calle para protestar y que se enfrentaron a la policía, al poder y todo eso, lo que estaban pensando era algo absolutamente natural, legítimo: estaban pensando en ellos mismos. Pero no estaban, y tampoco tenían la obligación de estarlo, pensando en los que vendrían después. Entonces se había creado una especie de responsabilidad colectiva –porque se entendía que el colectivo tenía una responsabilidad, y por lo menos esos días se presentó efectivamente como un colectivo cohesivo (durante el tiempo que duró, claro está)– pero la irresponsabilidad era individual. Cada uno por sí mismo: irresponsables; todos juntos: responsables. Era una especie de cuadratura del círculo que no tenía resolución posible, como los tiempos ahora lo están demostrando. Los niños criados después encontraron el camino abierto y toda la sociedad ha ido detrás en el sentido de que no se puede reprimir, que no se puede estar condicionando el desarrollo del niño y del adolescente, y por lo tanto...hay que dejarlos.

Tan preocupados parecemos –solo parecemos- con la sociedad de los niños y de los adolescentes que no pensamos que esa sociedad no se obtiene por una especie de dimisión: dejarlos ser, que vivan su vida. Porque lo peor de todo –en realidad, es una consecuencia de circunstancias de tipo económico y social que se están viviendo ahora– es que, pasada esa generación, poquito a poco nos hemos ido acerando a una situación totalmente contraria, contradictoria, que es que los jóvenes no saben a dónde ir, por lo menos hasta los 35 años. Y por lo tanto, a vivir con sus padres, lo que cuarenta años antes hubiera sido una cosa vergonzosa para un adolescente que a los dieciocho años ya se iba a vivir su vida y que ahora no, que ahora es lo más natural del mundo: veinticinco, treinta años y más porque la sociedad no tiene la posibilidad de decir: “pues aquí tienes un trabajo”. Y, por otra parte, ese sentido de responsabilidad que lleva a no enfrentarse o a posponer lo máximo que se pueda la edad fatal (porque ella llegará pronto o tarde) en que ese joven tiene que enfrentarse con la realidad. Y todo esto en una sociedad perpleja, que es lo mínimo que se puede decir.

Y, sobre todo, para volver al tema, deseducada. Vivimos en una época en que la deseducación –cuanto tanto se habla de educación, cuando tanto se habla de programas, sistemas, métodos, esto y aquello, la teoría invade la práctica y la consecuencia, o no la consecuencia, porque a mí lo que me parece es que todo ese aparato de bibliografía, de propuestas, todo eso, en el fondo, por la abundancia yo creo que refleja su propia impotencia. Es decir, yo creo que toda esa reflexión pedagógica, notable en sí misma, refleja en el fondo la impotencia para solucionar el problema. Porque el problema es un problema que tiene tres pies: un pie en la escuela, otro en la familia y otro en la sociedad. Y mientras no se encuentre la forma de que cada una de ellas influya en la buena dirección en las dos restantes, esto nos llevará –por lo menos es lo que yo creo, lo siento, es una conclusión pesimista seguramente, cada vez más a una situación que acabará por escaparse de cualquier control. Porque ahora mismo, cuando hay que pasar por detectores de metales para saber si el estudiante lleva una pistola en el bolsillo, cuando sabemos el calvario que viven los profesores... Yo creo que son los auténticos héroes de nuestro tiempo. Enseñar en las circunstancias, en las condiciones en que tienen que hacerlo hoy, realmente se necesita un heroísmo que nada podría pagar y ya sabemos cómo son mal pagados los profesores. Puede que esto parezca un poco catastrofista, que las cosas no son tan así, que hay excepciones, y todo eso. Pero lo que yo pediría es que se reflexionara muy seriamente sobre esa contradicción conceptual: instruir no es educar y educar no es necesariamente instruir.

Ahora bien, el problema de la escuela yo creo que es el más fácil de todos, a pesar de todo. Si los gobiernos, si los Estados, no se enfrentan seriamente a este problema (y yo no encuentro ninguno que efectivamente se esté enfrentando al problema) de la indisciplina en la escuela, que era el lugar donde se aprendía a ser, no sé, disciplinado, atento, respetuoso si se quiere, entonces no sé cómo es que lo vamos a resolver. Y, por otra parte, hay exposiciones de una esquizofrenia nuestra, que no tienen que ver directamente con lo que yo estoy diciendo pero que en el fondo son la expresión, lateral sí, pero, con raíces idénticas, que tiene que ver con esto, es decir: nosotros vivimos hoy con una preocupación hacia lo corporal a veces enfermiza: nos lavamos, nos cuidamos, nos limpiamos, nos perfumamos, nos ponemos shampoo, todo eso, las cremas, los aceites, toda esa cosa... salimos a la calle y somos personas maravillosas,

pero salimos a la calle donde la basura se encuentra por todos lados. Es decir: una preocupación mía con mi cuerpo y una indiferencia total con el cuerpo colectivo que es la ciudad, la polis. Y vivimos así. Y hay una especie de...yo creo que hemos perdido el sentido de la proporción de las cosas, que nos hemos vuelto todos más o menos absolutistas en el sentido de: yo soy yo y, por lo tanto, lo demás no tiene por qué importarme. Lo que yo necesito es afirmarme, afirmar "mi" identidad (si se les pregunta qué es eso, no sabrán decirlo, claro, pero afirmar "mi" identidad): yo soy yo y se acabó, y nada más. Tenemos cuatro, cinco o diez o quince o cincuenta millones de personas diciendo "yo soy yo" y tenemos necesariamente la imposibilidad de hacer lo que inevitablemente no tenemos más remedio que hacer, porque somos un rebaño de personas que tienen que vivir juntas. Es que no podemos vivir separados, no sabríamos vivir separados. La historia de Robinson es la clara demostración de que una persona no puede vivir sola, porque en un momento llega Viernes, el esclavo negro, y Robinson ya tiene a alguien a quien dar órdenes y, por lo tanto, de alguna forma la sociedad humana se reconstituyó ahí, ya no es la persona aislada, sola. Por lo tanto tenemos que vivir juntos. Y este "vivir juntos" tiene que pasar necesariamente por un reconocimiento de los límites, es decir: mi libertad no puede afectar, ofender, la libertad de cada uno de los otros. Pero vosotros tampoco debéis afectar u ofender mi propia libertad. Y para esto no se necesita un acuerdo escrito, una especie de tratado: "Vamos a ponernos de acuerdo, los límites de la libertad son estos, por lo tanto hay que respetarlos". Sabemos intuitivamente –ahora sí se puede decir intuitivamente– hasta dónde podemos llegar y hasta dónde no debemos llegar. Claro que hay casos en que no es así: eso se llama agresión, se llama ofensa deliberada, se llama falta total a lo que sería básico que llamamos el respeto humano y, como digo, no se necesita un pacto, lo sabemos en la práctica social, lo sabemos. Pero parece que hay excepciones, y la escuela es una excepción. Ahí se volvió a lo que llamamos la ley de la selva: del más fuerte. Y después no es solo esa cosa que, de alguna forma podría decirse, es un colectivo en contra de otro colectivo: el colectivo de los estudiantes en contra del colectivo de los profesores que de alguna forma son su enemigo natural, por ponerlo así. El acoso escolar, lo que está pasando entre los chicos y las chicas: se agreden, se insultan... [corte en la grabación]

Se hacen reformas y se dice que el método que hasta ahora estábamos usando ya no importa, vamos a usar ahora éste otro. Se sustituyen los libros, se hace todo lo que se hace. Algunos editores protestan, otros dicen “ahora llegó el gran negocio”, todo esto afuera, libros nuevos, estupendo. Y la llaga mortal sigue intacta. Nadie la toca.

Lo que a mí me gustaría... No es porque lo diga yo, que a lo mejor ni siquiera tengo razón, a lo mejor todo esto es el comienzo del mejor de los mundos posibles, como ya lo decía Leibniz, y por lo tanto no podemos tener nada mejor que esto, y por lo tanto no hay nada más que hacer sino resignarnos, punto. Por lo tanto, vamos a resignarnos y mañana ya se verá que es lo que pasa. Quizás por una especie de milagro colectivo la gente toda ella cambie y de una hora a la otra nos encontremos en algo por lo cual efectivamente se venía luchando hace muchísimos años. Pero lo peor es que no se viene luchando –ni hace muchísimos años ni ahora– por disciplinar en el sentido correcto de la palabra. No estoy hablando de autoridad excesiva, no estoy hablando de represión, no estoy hablando de nada de ello: estoy hablando sencillamente... Supongamos que yo soy maestro, tengo algo para enseñarle a ese chico o chica que está allí... si esa chica o chico no me reconocen mi autoridad –no mi autoridad personal, sencillamente la autoridad de lo que yo “sé” y el o ella no sabe...y por lo tanto estén esperando que le transmita lo que yo sé para que ellos sepan lo mismo que yo sé (en el fondo la enseñanza es esto)...pero si esa autoridad no se reconoce (y no se está reconociendo, y cada vez vamos a peor), yo me pregunto por qué no se debate esto.

Porque estamos hartos: llega el periódico del día, y siempre hay una noticia de alumnos que se pelean, que agredieron al profesor, el profesor que es humillado, escarnecido. Era impensable que se pueda escarnecer a un profesor, humillarlo. Es impensable o debería serlo. ¿Y cómo es que vamos a resolver esto? Pero si empezásemos por distinguir entre una cosa y otra y exigir que quien tiene la obligación de educar eduque y que no delegue de una forma hipócrita en la escuela una responsabilidad que ella no puede tener –y me refiero a la familia o, aun peor, a la sociedad misma que hace de cuenta que vivimos una vez más en el mejor de los mundos cuando se sabe, y todo el mundo lo sabe, pero todo el mundo hace de cuenta de que no es así o que no es tan así (“usted es un pesimista”). Debemos enfrentarnos a esta realidad. Y empezar por distinguir los conceptos y decir: “Instruir”, la escuela puede hacerlo

y tiene que hacerlo y debe hacerlo. Y educar no puede.

La familia, ¿qué hace la familia? Hay que pedirle cuentas a la familia. Incluso más: la escuela debería pedirle cuentas a la familia una vez que nadie le pide cuentas a la familia que se supone que funciona estupendamente (aunque se sepa que no es así). Alguien tiene que pedir responsabilidad a quien debería tenerla y no quiere asumirla. Y por eso es que tantos padres y madres van a la escuela a pedirles cuentas a los profesores. ¿En nombre de qué les piden cuentas? Les piden cuentas porque ellos están reducidos a la impotencia total o casi total en la relación que tienen con sus hijos. Esto es así.

A mí me gustaría pensar en el sentido de una pedagogía distinta, que no se limitara a la calidad de lo que se enseña, a los instrumentos de los que se sirve la escuela para enseñar, los materiales y todo eso... que cada vez son más perfeccionados, que cada vez son realmente auténticas breves enciclopedias: se puede aprender todo hoy. Si recordamos aquí –los mayores lo sabemos–, aprendíamos con libros que no tenían ninguna gracia, que sólo tenían palabras y algún dibujo mal hecho. Ahora no, es un lujo. Lujo que es totalmente indiferente, no quiere decir en todos los casos pero seguramente en la mayoría de los casos. En primer lugar, los jóvenes parten de un principio de que esa es la obligación del Estado –y sobre todo de la familia– proporcionarles los medios –y tienen alguna razón en eso, claro está–, pero sería bueno que la cosa no se quedara por allí, que hubiera un esfuerzo, un auténtico esfuerzo pedagógico en el sentido de que instruir no basta, es necesario educar.

Y la escuela no sabe y no puede. Porque... ¿cómo pueden los profesores educar a treinta, cuarenta o cincuenta adolescentes que tienen allí? ¿Educarlos cómo? Me gustaría en esto demorarme un poco... Esto tiene ya que ver con la universidad. Yo lo noto –y eso está ocurriendo, tengo una reunión a principios de diciembre en Barcelona con otros premios Nobel, que es la segunda, en que se debate sobre el futuro y la posibilidad de mejorar la enseñanza superior. Yo hace un año me sorprendí con esa preocupación de mejorar la enseñanza superior cuando los males de la enseñanza superior, tal como yo los entiendo y los veo, son una consecuencia directa de los males de la enseñanza primaria y de la enseñanza media. Por lo tanto, esto es como un río que está contaminado. Hay una ciudad, pasa un río, y el río está contaminado. Y la gente dice “vamos a descontaminar el río, vamos a limpiar

las aguas". Pero las aguas siguen, vienen contaminadas. Hasta el momento en que se descubre que la contaminación está en la fuente, en el nacimiento del río. Y la contaminación a la que me refiero, de la falta de preparación de todo tipo, empieza en la instrucción primaria. Entonces no se puede mejorar la enseñanza superior con el "material" que llega de la educación media y de la educación primaria. Pero adonde yo quería llegar es que si tenemos realmente un problema de educación –y creo que sí que lo tenemos y que en eso todos no tenemos ninguna dificultad en ponernos de acuerdo, aunque se pueda discrepar sobre las causas– yo creo que la universidad debería asumir una tarea muy seria: convertirse en el lugar donde se forma el ciudadano. El ciudadano tendría que formarse en la universidad, la universidad como espacio de intercambio de ideas, de libre discusión de ideas, de libre crítica, de debate interno. Creo que esa debería ser una función de la universidad. Porque si no, si eso no se hace en la universidad, pues es seguro que no se hará después. Y no se está haciendo después. Se ha inventado algo que se llama "formación continua". Pero esa formación continua, cuando existe y cuando es efectiva (y no siempre lo es, ya lo sabemos), en el fondo es la formación profesional continua. No es más que eso. Pero yo creo que si es cierto que necesitamos buenos profesionales, competentes, capaces y todo eso, yo creo que estamos mucho más necesitados de ciudadanos, de personas, de jóvenes, personas con conciencia cívica (como se llamaba antes, que ahora es una palabra que cayó completamente en desuso). Y yo creo que es la universidad el lugar para eso. ¿Pero puede? ¿Sabrá? Todo se puede si efectivamente hay un esfuerzo, si hay un reconocimiento de que eso tiene alguna razón para que se piense que la universidad podría ser el lugar donde eso podría ocurrir, entonces el esfuerzo puede y debería hacerse.

Yo no tengo personalmente dudas sobre esto: estamos mal y vamos de mal en peor. Y se puede hacer toda la retórica del mundo sobre la educación, se puede hacer discursos maravillosos desde Rousseau y desde antes y desde la academia antigua griega, podemos amontonar datos eruditos sobre la educación, teóricos, y todas las escuelas, Montessori o no Montessori, esto o aquello. Pero todo ese edificio en estos momentos se ha convertido en una especie de objeto de museo casi, porque la realidad lo niega. La realidad está negando toda la reflexión pedagógica que se ha hecho hasta ahora. Incluso está reduciendo a nada o casi nada su aplicación práctica cuando se ha podido hacerla, porque la realidad es esta. No es sólo la economía mundial

que está enferma, es que nos estamos acercando a una situación terrible (y hay profesores universitarios aquí, seguramente los hay, que saben que es así). No saben pensar, no saben reproducir por escrito lo que están pensando, no tienen vocabulario, en muchísimos casos no son capaces de entender lo que leen. Esta es una realidad. Porque como hemos inventado el aprendizaje sin esfuerzo, para el cual en el fondo no vale la pena estar preguntándole al chico o a la chica si sabe, porque ella dirá que sí, que sabe y no vale la pena ir a verificar si realmente ella sabe, y va pasando año a año, y saben cada vez menos, y saben cada vez peor.

Nos estamos acercando peligrosamente a una especie de nueva Edad Media. En la Edad Media una minoría lo sabía todo, no sabía mucho, pero sabía todo lo que había para saber en ese tiempo. Teólogos, letrados, lo sabían. Del otro lado, una masa de ignorantes terrible, una masa enorme de ignorantes. Yo no encuentro mucha diferencia hoy. Una minoría que lo sabe todo –y de un saber cada vez más inaccesible al mundo de la gente– y por lo tanto el saber es controlado, el saber es manejado por una minoría y una masa que ya no es de ignorantes totales sino de lo que se llama analfabetos funcionales. Es decir: saben leer, saben escribir, pueden saber muchas otras cosas más, pero no les sirve de nada, porque no saben utilizar lo que han aprendido. Y cada día irán sabiendo cada vez menos lo poco que sabían antes.

Esto, que es algo que está diciendo una persona que no ha pasado por la universidad ni como estudiante ni como profesor, pero que está suficientemente atenta a la realidad, y la realidad –lo queramos o no– es esta.

Aquí se hablará de educación pero yo presiento –y sin ningún menosprecio por lo que dirán los sucesores míos en esta mesa– que se hablará de educación y no se hablará de instrucción. Y no se hablará de instrucción porque ahora nadie habla de ello. Porque se piensa que educación e instrucción es lo mismo. Y que se ha sustituido la palabra, el concepto de instrucción, por otro más actual, más moderno, menos arcaico, menos viejo para decirlo así, y que le llamamos educación. Y al usar una palabra la palabra acaba ella misma por engañarnos, aunque sepamos que en la realidad no es así. Al usarla, al repetirla, al escribirla, al escucharla, acabamos por pensar que efectivamente lo que está pasando en

el mundo de la enseñanza es educación. Y yo digo –puede que yo me quede solo en esta idea, que es aparentemente un poco bizarra– que no es. No solo no es educación sino que las circunstancias la obligan a ser cada vez menos instrucción. Y la culpa no es mía. Tampoco será vuestra. ¿A quién le vamos a poner las culpas? No vale la pena buscar a alguien que pueda o quiera soportar esas culpas porque las causas que nos llevaron a esto no tienen todas, entre otras, que ver con la idea que se tiene hoy de instrucción o educación sino que tienen que ver, por ejemplo, con una masificación de la enseñanza para la cual la sociedad no se preparó. No se puede con los medios de que se dispone educar masivamente como se está educando. Y no es que no se deba, ¡yo no estoy diciendo eso! Lo que estoy diciendo es que no puede y la prueba de que no puede está en la realidad misma. ¿Alguna vez se imaginó –y esto es una anécdota-hace sesenta o setenta años (digo setenta porque como tengo ochenta y tres puedo decir “hace setenta años”) que el error de ortografía era algo que se considerase sin importancia alguna? Y cuando yo les digo –en conversación con chicos y con chicas- así: “Ustedes no saben que la primera obligación de un obrero -y no estoy haciendo aquí, en fin, demagogia barata, no se trata de eso, se trata de otra realidad, de una realidad más- que tiene sus herramientas, sus instrumentos de trabajo, es mantenerlos limpios y en buen estado. Porque va a necesitarlos. Pues el instrumento de comunicación por excelencia es la palabra. ¿Y cómo es que nos permitimos maltratarla, despreciarla? El símil es un poco ese: salimos a la calle perfumados y nos encontramos con la basura.

Los libros llegan a las manos de los estudiantes correctamente escritos. A ningún editor se le pasa por la cabeza decir: “Pues ahora, como a nadie le importa el error, vamos a imprimir esto de cualquier forma. Acabaran ellos por entenderlo, ya que se entienden entre ellos mismos, claro.” Pero, no. Llegan correctamente escritos y elaborados, sintácticamente ordenados. Y luego son tratados como si aquello fuera todo una imbecilidad, y muchísimas veces los profesores para no crear más problemas acaban por decir: “Bueno, no podemos luchar contra el error ortográfico, en este caso es nada más que un detalle, es solo un detalle.” Yo en el segundo grado de la escuela primaria ya no tenía errores de ortografía, y no éramos más listos que ahora, porque entonces, cuando yo tenía diez años, era una época en que no había niños prodigio y ahora no faltan por ahí niños prodigio que necesitan incluso establecimientos de enseñanza exclusiva para que efectivamente puedan desarrollarse. Nosotros

nos desarrollábamos como podíamos y sabíamos adónde podríamos llegar. Yo no soy de esa idea de que todo el tiempo pasado ha sido mejor porque efectivamente no lo ha sido. Pero lo que yo quiero decir, y con esto termino, es que el tiempo de ahora podría y debería ser mejor, y no lo es. Muchas gracias.

Presentador: –De las cosas dichas, ha ido desgranando una imagen muy hermosa, y es que si hay una utopía válida es sólo la utopía que pueda aplicarse mañana. Creo que la educación y la instrucción, que siendo distintas han tratado de hermanarse, trabajan para eso o debieran trabajar para eso, para que haya una utopía práctica mañana. Mi comentario, José, es: la cultura, esa cosa genérica de la cultura, la lectura de textos, de literatura, de pensamiento, ¿en qué sentido crees que hace mejor a la gente? ¿Qué puede aportar la cultura a través del filtro de la adquisición que hacen los chicos, debieran hacer los chicos, que debieran incorporar como hábito al adulto para hacerle mejor y más ciudadano, qué papel debe desempeñar la lectura en la educación?

J. S.: –Vamos a ver, para que no se diga que mi tendencia catastrofista natural es absoluta, yo quiero decir que este panorama negro que he dibujado aquí tiene sus claridades. Y las claridades están en unos cuantos miles de adolescentes en todo el mundo para los que la lectura es importante. Yo tengo el privilegio enorme de que en una cola de personas que están esperando para que les firme un libro, 60 o 70 % son jóvenes, y tengo el privilegio de que alguna vez se acerque a mí un joven para que le firme un libro que ha sido leído, por el aspecto que tiene, muchas veces, que a lo mejor ha pasado por diversas manos. Por ejemplo eso ocurre mucho con una novela que se llama Ensayo sobre la ceguera. Y yo me pregunto, y me he preguntado muchas veces, y a veces reflexionando en casa con Pilar, con mi mujer (que, a propósito, es mi traductora al español, para que se sepa), hemos pensado qué es lo que lleva a un chico o a una chica de dieciséis o diecisiete años a leer ese libro y a pensar que ese libro es importante para él o para ella. Un libro que aquellos que lo han leído saben que es profundamente duro, durísimo, por el tema, por la forma en que el tema es tratado, y en lugar de una literatura de evasión (que existe y que en muchísimos casos es muy buena) ese chico y esa chica leen y releen ese ensayo sobre la ceguera. Yo espero que de esa lectura algo salga. Y de esa lectura de un libro mío como de muchísimas otras obras que les pasan por

las manos. Pero de todos modos yo soy –no puedo escapar a esta especie de condena ontológica mía– un escéptico. Y tengo unas cuantas ideas fuertes, a la vez bastante incómodas, y una de ellas es que la lectura ha sido siempre la preocupación de una minoría y lo será siempre. No se puede obligar a nadie a leer. Es la forma más rápida y más eficaz de hacer odiar la lectura. Incluso a veces yo voy más lejos y digo: el lector, el auténtico lector, nace lector. Nace lector y para él eso es irresistible. Va a leer porque es un lector, nació lector. Claro que no nació lector, nadie nace lector. Pero explíquenme esos niños de cuatro y cinco años que buscan la lectura, que leen cada vez más y hacen cosas que ahora mismo hay algo que yo no consigo entender que es la “literatura para niños”. De los cuatro a los seis años, de los seis a los ocho, de los ocho a los diez. Es decir, compartimientos estancos, como si el niño tuviera que leer primero esto para entender aquello, suponiendo que sea necesario. Y entonces estaríamos en una situación –claro que nunca a nadie se le ocurrió– en que le diríamos a un chico “esto no lo puedes leer porque no es para tu edad”. Esto lo decían los padres cuando nosotros queríamos leer algo un poco más osado, más atrevido. Yo les digo a los chicos: hay que leer por encima de la edad que uno tiene. ¿No entenderá nada? El chico siempre entenderá algo. Y el poco o algo que pueda entender le ayudará a entrar en un territorio que en principio todavía no es suyo pero que él ya conquistó. Leer lo que no sabe, no quedarse en lo que es fácil, osar, ir más allá. Estamos escribiendo y no solo escribiendo, estamos pintando, haciendo gran música, la gran cultura, la filosofía, hace una cantidad de años que estamos en ello, y esto es importante para unas cuantas personas pero no lo es para otras, y no tenemos ninguna manera de convencer a esas personas de que lo nuestro es lo bueno. Alguien puede decir: “¡Pero a mí no me gusta leer, qué quiere usted que le haga! No me gusta!” Pero entonces no lea. Lo que yo propongo es eso: para aquellos para quienes la lectura es importante, pues entonces que lo hagan saber, que lo hagan saber de todas las formas, es decir: grupos de lectores, debates de lectores, encuentros con autores, todo eso funciona como una realidad que viene después del libro que se escribió pero que mantiene una relación entre el autor, o el crítico, por ejemplo, o el comentarista, o el lector un poco más conocedor, que debate. Y esa mancha, esa buena mancha, no es mancha en el sentido negativo, mancha en el sentido positivo, se iría ampliando. Es que los libros están en los anaqueles, en las bibliotecas, en las casas de quienes los tienen... Se necesita un pequeño esfuerzo: levantarse del sofá donde se está mirando la televisión, ir ahí y sacar el libro. Y ya se sabe que ese libro representa

un esfuerzo, representa trabajo: leer es un trabajo, leer significa esfuerzo. Si no quieres esfuerzo no leas pero quedarás sabiendo -si eso te importa o fuera a importarte algún día- que te estás perdiendo algo que solo en los libros se encuentra, que no lo encontrarás en ninguna parte. Ahora, si la cultura pudiera –que en el fondo es a donde tenemos que llegar- cambiar a la gente, pues habríamos cambiado, ya habríamos cambiado. La cultura no puede. No caigamos en esa ilusión de que la cultura cambia a la gente. No cambia. Países con grandes culturas han cometido las mayores barbaridades y no vale la pena estar dando ejemplos porque todos los conocemos. Y personas muy cultas son capaces de ser, por ejemplo, torturadores. ¿Mejoraron con la cultura? No, a lo mejor estaban escuchando a Mozart y después de Mozart entraron al coche y se fueron a la Escuela de la Marina a torturar. El ser humano es capaz de compaginar todo, de resolver dentro de sí todas las contradicciones. Y es capaz de vivir con ellas sin darse cuenta de que se trata de una contradicción.

Presentador: –Hay una verdadera multitud de preguntas y mensajes llenos de incitaciones que estoy seguro te van a interesar mucho. Hay varias coincidentes con distintos tonos y sesgos sobre la valoración del papel de los medios de comunicación. Alguno reproduce esa observación crítica de si no se han convertido algunos de estos medios –achacan más a los audiovisuales, a la televisión– en un verdadero sistema anti-educativo.

J. S.: –Bueno, eso es cierto pero sólo lo notamos por la dimensión que tiene. Es decir: el libro, algún libro puede ser anti-educativo, según lo que se haya escrito allí. Pero la difusión del libro sabemos que es bastante limitada y además el libro necesita que la persona que lo va a leer tenga el apetito, no solo de leerlo sino también de comprarlo. O de ir a la biblioteca para leerlo (es otra hipótesis). No tiene que ver con la masificación de la enseñanza. Vivimos en un sistema de información masiva, de una información masiva que no quiere decir nada más que eso. Que es una masa de información que no se puede absorber, que no se puede digerir, que no se puede coordinar, que no se puede interrelacionar. Y vivimos perdidos en ese maremágnum informativo. El problema está en que la televisión ahora mismo es realmente un instrumento de deseducación. Lo es, anti-educativo, de acuerdo. Pero la misma televisión, en muchísimos casos y en muchísimos países –sino todos- se preocupa por tener un canal de cultura. Es decir: una vez más la evidencia de que la cultura no es para todos. Se necesita ser culto o tener apetitos culturales para ir allí, y para sentarse y escuchar una

ópera o para una conferencia o un documental histórico. Por lo tanto, la persona que va a ir allí ya sabe lo que encuentra y quiere encontrarlo. Los demás no. ¿Y por qué es que eso ocurrió? ¿Porque la gente tiene necesidad de distraerse? Siempre hemos tenido necesidad de distraernos, no podemos estar todo el tiempo con la cara seria discutiendo los grandes problemas de la humanidad. Pero hay una entidad terrible hoy que se llama “audiencia”. Lo que importa es la “audiencia”. Y como los seres humanos no son tan buenos o tan interesantes o tan extraordinarios –nos gustaría, y yo me incluyo en esa masa– entonces hay siempre una forma de saber cómo es que se obtiene más audiencia. Había dos posibilidades. Y curiosamente se ha optado –en todo el mundo– por una de ellas, no por la otra. Una posibilidad sería la de dar programas de gran calidad artística, intelectual, literaria, científica, filosófica, todo lo que queráis. Y que la competencia sería que un canal o una estación de televisión, o lo que sea, al ver que su competidor estaría haciendo aquello lo intentaría hacer mejor. Hacerlo cada vez mejor para que tengamos cada vez más audiencia. Esto sería una hipótesis. La otra hipótesis es justo lo contrario: vamos a hacerlo cada vez peor, cada vez más feo, cada vez más basura, cada vez más ordinario, más repugnante, porque a la gente le va a gustar. Y yo no sé si le va a gustar o no. Incluso yo admito que las mismas personas que han sido llevadas a consumir lo que hay de más despreciable en materia de televisión, quizás esas personas –o por lo menos una parte de ellas– si la posibilidad fuera la otra, pues entonces estarían ahí disfrutando de lo bueno y de lo bonito. Probablemente no todas, pero muchas de ellas. ¿Y qué es lo que pasa? Tampoco se le puede decir a las empresas: “No, usted no puede hacerlo.” ¿Y la libre iniciativa? Entonces el empresario dirá: “No, yo quiero tener las manos libres”. Y tener las manos libres en este caso significa ganar más dinero. Y para ganar más dinero mejor es que no pongas un documental sobre cómo nació -para decirlo así- el universo, y pongas una especie de Big Brother y nada más, pues entonces vamos al Big Brother. Y ese es el problema. Y lo peor –para volver a la escuela– es que la escuela no puede hacer nada contra ello. Porque toda la sociedad está empapada de este pervertido sistema de valores estéticos. Y esto pasa por la familia, pasa por todo. Es muy difícil hoy, a la cultura se le está volviendo un poco difícil sobrevivir, mantener la cabeza fuera del agua. Porque la presión de lo inútil, de la bazofia, de la cosa frívola, la presión de todo eso que está en la televisión -que es la más responsable de todo esto- pero está también en la prensa, en mucha de ella. Es decir: el problema es que yo puedo hacer un diagnóstico estupendo de una situación. Pero lo que yo no puedo... es que no

sé como resolverlo. Soy un médico muy bueno para hacer un diagnóstico, pero para la prognosis o para la cura del enfermo no tengo nada que decir porque no lo sabré. Pero si uno tiene la conciencia de que la situación es ésta, pues yo creo que en el caso de los editores –no sólo de libros sino de periódicos–... pero para eso sería necesario hacer una especie de cónclave en el Vaticano reuniendo a todos los propietarios de medios de comunicación social para ver si bajo el influjo del Espíritu Santo pudieran orientar la cosa de otra manera.

Presentador: –Hay varias observaciones que desde una realidad social demandan a la instrucción, demandan a la educación...hacen referencia a cómo la familia ha perdido sentido de la autoridad y hasta qué punto puede pedir ayuda a algo que es externo como la escuela. No me resisto a leer, por la fuerza de la expresión, una de estas notas que dice, en ese mismo sentido: “¿No cree que la crisis en la escuela está vinculada a la falta de trabajo, exclusión y pobreza de grandes sectores de la población? ¿No cree que la gente pobre, sin trabajo, que lucha diariamente por subsistir, son también los héroes cuyo único vínculo con el Estado es la institución escolar? Esa población espera del Estado principalmente el derecho constitucional a trabajar, y tal vez piden equivocadamente a los profesores que les solucionen los problemas que corresponden a todo el Estado y a toda la sociedad.” Y en un contraste interesante –termino con ello la pregunta– dicen: “¿Será posible que en nuestras latinoamericanas villas y favelas, a pesar de haber un menor nivel de instrucción, haya un nivel de educación social y familiar mucho más fuerte que el de nuestras ordenadas sociedades?”

J. S.: –Bueno, nada fácil, nada fácil. Para empezar por la última: según se entienda, es muy probable que en las favelas lo que tiene que ver con la relación familiar –en algún caso la condición económica de extrema pobreza, de extrema carencia de todo– no impida una educación, digamos, razonable. Pero la realidad una vez más está diciendo que las cosas no son así. Para hablar de favelas, palabra que tiene que ver directamente con Brasil, los niños abandonados son miles y miles y miles en todo Brasil. Abandonados porque sus padres no pueden darles sustento, abandonados porque llegaron a la conclusión de que con la familia no podían vivir, y esa es la realidad. Y esa realidad no tiene nada que ver con lo que está aconteciendo aquí. Aquí

estábamos hablando de otra cosa, estábamos hablando de la escuela, de una escuela que es primaria, que es media y que es universitaria o superior. Estábamos hablando de aquellos que pueden pasar de una a otra y hasta salir de la universidad con esto o aquello que les permita trabajar o no. Ese es otro problema. Si entráramos por ahí, si nos enfrentáramos a esa otra realidad, entonces para ellos ni siquiera la posibilidad de ir a una escuela existe en muchísimos casos, y cuando van sabemos –por las condiciones sociales y económicas, por la situación de pobreza total– que de la escuela no pueden recibir mucho, y van a recibir muy poco. Quizás un mero leer un poco y escribir un poco, nada más. Pero esa es otra realidad. Aquí se habló de un sistema que está presente, de alguna forma paralelo, y paralelo desde siempre. Esa es otra realidad, es otro mundo en que el acceso a la educación o la instrucción es puramente utópico, o simplemente no se pasa de la entrada, se pone un pie adentro y ya inmediatamente se saca el pie.

Los niños y adolescentes en realidad son conscientes de los problemas que tienen pero no son capaces –por lo menos hasta la primera adolescencia incluida- de descifrar el código –por así llamarlo– de los problemas que tienen. La escuela no tiene condiciones para resolver eso y no las tiene para ellos ni para los demás, los que pueden pagar la enseñanza, los que tienen posibilidad de comer, de ir a la escuela alimentados y todo eso. No tiene ni para una cosa ni para la otra. Es decir, vamos a separar –por lo menos aquí en este momento, yo se los pido– la educación de la instrucción. Eso a mí me parece fundamental. Si no lo hacemos, si seguimos mezclando una cosa con la otra y hablando de educación como si habláramos de instrucción y hablando de instrucción suponiendo que la educación está por encima de ella y que al llamarla educación no sólo resuelvo el problema de la instrucción sino que a la vez, al mismo tiempo, educa, seguiremos con una equivocación que no hará más que llover sobre mojado porque todo se va a repetir, a repetir y a repetir. Todo lo que tenga que ver después, tiene que ver con la transformación social, tiene que ver con un cambio total de la sociedad humana que en este momento, tal como están las cosas, no se anuncia, no está en el horizonte, realmente no está en el horizonte, con una globalización que es lo que es, con un sistema que ensancha cada vez más la distancia entre los que tienen y los que no tienen y, simultáneamente, ensancha cada vez más la distancia entre los que saben y los que no saben. Estamos a años luz –nosotros, la gente de a pie como yo, en materia de conocimiento–, estoy a años luz de esos señores que están allí

en ese extremo y que lo saben todo. No entiendo lo que ellos saben. Y esto va a ser así y cada vez más. Cuando alguien decía hace tiempo que dentro de cincuenta años o un poco más tendríamos un ser humano nuevo... pues a lo mejor ya vamos en esa dirección. Y un ser humano nuevo, sobre todo, por el cambio de mentalidad. Nosotros, de alguna forma, aún somos, aún venimos del iluminismo, de la enciclopedia, de la ilustración, esos valores siguen siendo los nuestros, de muchos de todos los que están aquí seguramente, y de unos cuantos más que parece que no nos damos cuenta que eso está por terminarse, eso está por acabar, y no sé si alguna vez resucitará. Lo que viene ahora es otra cosa y no sabemos qué. Y la escuela no está preparada para ese “no sabemos qué”, no se prepara. Porque la escuela está administrando lo que está ocurriendo en el momento, no le encuentro ninguna capacidad previsora que se proyecte en el futuro. ¡Ni siquiera necesita ser el futuro de cien años, un siglo o dos! Un futuro de veinte años, porque el mundo está cambiando a una gran velocidad, como se sabe. Y no es solo el mundo: nosotros estamos cambiando. Y los valores que eran importantísimos hasta ahora son cada vez menos importantes. Y no es que un valor se sustituya por otro –porque eso sería lo normal. Lo que hay es un fenómeno concurrente de pérdida de sentido, responsabilidad, autoridad y disciplina. Los valores se diluyen y, no sé lo que pasa aquí pero en España el fenómeno del “botellón”, que seguramente algunos de ustedes conocen, que en una plaza o en una calle a las doce de la noche o a la una empiezan a reunirse los jóvenes para beber, emborracharse, mear en la calle, hacer ruido y todo eso. No son marginados, no es gente marginal, al contrario: tienen su moto, algunos tienen su coche y cuando no lo tienen pues tienen un hogar a donde recogerse a las diez de la mañana... Y eso significa no tener de dónde agarrarse. Porque la verdad es que esos jóvenes están viviendo un drama del que puede que no sean conscientes. Se puede decir que “se emborrachan para olvidar”. ¡No es eso! Hay una contradicción terrible. Viven la edad en que todo parece maravilloso, que es una edad crítica como todo el mundo sabe pero, a la vez, en una sociedad que les niega todo. Aparentemente les propone todo, pero lo que les propone hay que pagarlo de una forma u otra. Y entonces no sé cómo es que se sale de esto. Pero que el problema está ahí, está. Y eso nadie podrá negarlo ni con la retórica más sofisticada que se pueda imaginar. ¿Cómo se resuelve? No lo sé. ¿Cómo lo puede resolver Santillana? Tampoco, Santillana es un editor, nada más. [risas]

Presentador: –Si te parece, unas palabras finales sobre el papel de los profesores. A partir de dos de las notas, una que dice: “¿Tiene derecho la sociedad actual, a pedirle a alguien –en este caso, al profesor– heroísmo?” Y la otra más sencilla y, por tanto, más profunda: “¿Qué hacemos los profesores frente a nuestros jóvenes?”

J. S.: –Yo no creo que la sociedad les pida heroísmo a los profesores. La sociedad, en general, la única cosa que pide a los profesores es que aprueben sin problemas, sin generar problemas, a los niños para acabar con esa historia de la escuela lo más rápidamente que se pueda. Eso es lo que la sociedad les pide a los profesores [aplausos]. Heroísmo, no. La sociedad no les pide heroísmo. Lo que yo digo es que se necesita ser realmente un héroe para seguir siendo profesor. Eso me parece. Los estudiantes, los profesores, yo no quiero caer otra vez en eso de que “antes, en otro tiempo, qué maravilla era”. Yo no sé si lo era, si no lo era, pero si el hijo no respeta al padre, si el padre no respeta al hijo, si el profesor no respeta al alumno, si el alumno no respeta al profesor (y no estoy diciendo que el profesor no respeta al alumno porque ya le gustaría al profesor ser respetado por el alumno), entonces esto no se ve por dónde resolverlo. La situación del maestro, el maestro en el sentido más elevado de la palabra, eso creo que solo se encuentra en poquísimos casos y que ya no es cosa que tenga mucha importancia. El reconocimiento de la autoridad moral, de la autoridad intelectual, de una autoridad simplemente ética, de responsabilidad, que uno muchísimas veces encontró en profesores (y yo recuerdo algunos de ellos, porque aunque no haya pasado por la universidad he pasado por las manos de unos cuantos profesores), personas a quienes uno sentía que les debía algo... Esa relación –salvo un caso excepcional en que no sea así–, yo creo que esa relación se acabó. No quiero poner las culpas en Mayo del '68 que nos ha liberado de muchos errores, de muchas equivocaciones históricas, falsas éticas y falsas morales, pero no hemos puesto nada o casi nada en el lugar donde había que destruir algo. El problema no está en que algo se haya destruido, el problema es que no hemos sabido qué cosa poner en el lugar de lo que tenía que acabar. Yo creo que ese es el drama, la tragedia de nuestra época, de generaciones “de transición”. Somos una generación (y no sólo una generación de los mayores), los que vienen, los que están aquí, constituimos una transición en algo que se está acabando, una civilización que se está acabando, que está terminando, y otra que se anuncia. Y esa puede realmente no tener nada que ver con nosotros, incluso no querer

tener nada que ver con nosotros. El mismo Umberto Eco, hace un año o un poco más, conversando con Pilar y conmigo y algunos amigos más, dejó salir en un momento –estábamos hablando de cosas del mundo, de la paz y todo eso– estas palabras terribles: tengo miedo del futuro, por mi nieto. Umberto Eco no es la sibila, no es un oráculo. Es sencillamente un hombre que manifestó en ese momento una preocupación profunda: que será el futuro para que yo, Umberto Eco, tenga miedo. No por mí, que dentro de pocos años ya no estaré aquí, sino por mi nieto. Quizás Umberto Eco esté equivocado y yo esté equivocado en todo lo que yo he dicho, y que el futuro sea radiante, feliz y todo eso. Pero con los materiales que tenemos ahora no veo cómo se puede construir ese futuro radiante, feliz y con todo eso, no lo veo.

Y si no olvidamos la cuestión central en todas estas cosas que tiene que ver – ahora sí, lo siento, ese sería el inicio de otro debate– con el funcionamiento de la democracia, pues entonces si no corregimos lo que pasa, una democracia que se limita a ser una democracia política y que no va más allá, y que no sólo no va más allá sino que no nos permite a nosotros, ciudadanos, intentar ir más allá, pues entonces la equivocación será cada vez mayor. Porque es la vieja cuestión –lo sabemos todos– del poder. ¿Quién lo tiene? ¿Los gobiernos? Pobres, pobrecitos de ellos, no tienen ningún poder, no tienen ningún poder, son sencillamente los intermediarios. Puedo daros un ejemplo, que se va ya fuera del tema pero me parece que es bastante esclarecedor. Vivíamos hace un par de años en esa idea del pleno empleo, lo que significaba más o menos empleo para todo el mundo, empleo para toda la vida...también era una utopía pero bueno, de todos modos se hablaba de ello. Ahora nadie habla de pleno empleo y se habla, sencillamente, de empleo precario. Hay un eufemismo brillante, porque la ciudad en que vivimos es una fabricante extraordinaria de eufemismos: al empleo precario se lo llama “movilidad social”. Y esto es una vez más de una hipocresía aterradora. Vivíamos en el pleno empleo, vivimos ahora en el empleo precario. ¿En qué momento pasamos de aquello a esto? ¿Cuándo? Pues ha sido en los últimos veinte años o algo así. ¿Pero en qué momento? Nadie sabe. Nadie es capaz de decir: “pues esto empezó por este motivo, esta causa, esta razón”. Ha sido como una operación con una anestesia tan sutil, tan sutil, que hemos pasado sin protestas, prácticamente sin darnos cuenta de aquello a esto. ¿Quién lo ha decidido? ¿Un gobierno? ¿Y después

todos los gobiernos del mundo imitaron a ese gobierno? “¡Una buena idea! Vamos a hacer lo mismo que ha hecho el gobierno a, b, c o d”. No, ya sabemos que no es así. Yo no quiero estar aquí provocando un debate que se prolongaría no sé hasta qué horas de la madrugada. El poder económico le ha hecho saber al poder político que esa situación del pleno empleo no le caía bien, que no le vendría bien. Por lo tanto, lo mejor es hacer el favor –supongo que habrán pedido por favor– de que produzca las leyes necesarias para que nosotros que tenemos según el sistema, somos dotados o tenemos como instrumento la libre iniciativa, que esa iniciativa sea efectivamente libre. No podemos estar atados ni por preocupaciones de justicia social, ni por esto ni por aquello. Manos libres. Y los gobiernos lo hicieron porque no tenían otra solución. Porque el poder no es el poder político, no lo es. Y tenemos que saberlo. Y cómo es el poder político –y todos lo sabemos, creo que todos lo sabemos o lo intuimos o tememos que así sea, y lo es– entonces tenemos muchísima razón para decir que la democracia política, el perfecto funcionamiento de las instituciones políticas democráticas no es suficiente. No es suficiente quitar un gobierno y poner otro en su lugar, porque a veces es sencillamente una cuestión de estética: les gusta más la imagen del candidato a que el candidato b. Y por lo tanto quitamos uno y ponemos otro. Y en el fondo no cambia nada o casi nada. Porque ese gobierno estará, de alguna forma, dependiente siempre del nivel superior que no es democrático. Ejemplo obvio: el Fondo Monetario Internacional no es democrático. ¿Lo han elegido ustedes? Creo que no. Creo que no lo han elegido ustedes y con todo está allí y con todo gobierna. Entonces nos encontramos en una situación paradójica en que instituciones no democráticas gobiernan la democracia. Ahora hacedme el favor de explicarme ¿cómo es que es así? Pues no necesito que me lo expliquen porque yo lo sé: es así. Pero lo que yo no sé es cómo es que me he llegado a hacer de cuenta que no es así. El problema no es que no lo sepamos, el problema es que hacemos de cuenta que no lo sabemos. Y por eso, cuando yo decía hace un rato que la universidad debería ser el lugar del debate, del enfrentamiento de ideas, esto tendría que debatirse. Porque tengo que decirles –y Santillana aquí no puede nada y el Malba tampoco (creo yo)– que vivimos en un mundo donde todo se puede debatir. Y en este mundo donde todo se puede debatir una cosa no se debate: precisamente la democracia. Se habla de la democracia como algo que está ahí, como la Virgen en el altar: a nadie se le va a ocurrir levantar la falda de la Virgen para ver lo que está debajo para ver si es barro, si es bronce, si es lo que es. Y tampoco se permite que levantemos la falda de

la democracia para ver si efectivamente ella es lo que está diciendo que es. Y todos tendríamos que saber que no lo es. Es decir: lo es en el territorio –para llamarlo así– limitado de la democracia política. Ahí sí lo es. Todo funciona. Y ahora mismo hubo comicios aquí, la elección, se contaron los votos... Pero... arriba no llegamos, y si no llegamos arriba yo pregunto qué tipo de ciudadanía es esta que se nos reconoce que solo nos permite eso: quitar a un gobierno y poner otro sabiendo que eso no cambia nada, y muchísimo menos en el tiempo este en que vivimos en el que al neoliberalismo económico le importa un pepino si el gobierno que está es conservador o socialista o socialdemócrata, o esto o aquello, o demócrata cristiano. No le importa nada, no le importa nada porque efectivamente eso, desde el punto de vista del poder económico no significa nada. Es así. Lo siento, pero no me gusta nada pensar que alguno de vosotros tendrá hoy un insomnio. Pero yo creo que esta es la realidad.